



¿Un marxismo sin sujeto?

**El naturalista
Germán Avé-Lallemant
y su recepción de Karl Marx
en la década de 1890**

Horacio Tarcus

La recepción del marxismo por parte de Germán Avé-Lallemant marca un corte significativo con el socialismo de corte lassalleano que campeó en el incipiente movimiento obrero argentino impulsado por los exiliados alemanes del *Verein Vorwärts* en la década de 1880. Hasta fines de 1890 no sólo en el semanario *Vorwärts* que editaba dicho club alemán, sino en los dos Manifiestos que había lanzado el Comité Obrero Internacional, respectivamente en marzo y abril de 1890, convocando a los trabajadores de la Argentina a celebrar por primera vez la jornada internacional del proletariado del 1° de Mayo, se sobreimprimía la nueva orientación de la socialdemocracia internacional (recién fundada en 1889) sobre el fondo del socialismo lassalleano que habían traído consigo los emigrados alemanes a Buenos Aires. El principal responsable del semanario en aquellos años así como de los manifiestos de 1890 había sido uno de los animadores del *Vorwärts*, a quien el obrero emigrado alemán Augusto Kühn, una vez enrolado en el marxismo, reconocía méritos de pionero sin dejar de señalar los límites de su socialismo “pre-marxista”: “el único intelectual que al principio contamos entre nosotros, el literato suizo José Winiger, no era la persona que hubiera podido sembrar ideas más claras sobre el socialismo. Sin querer desconocerle los méritos adquiridos con la buena voluntad de que dio pruebas abundantes, hay que decir, en honor a la verdad, que del socialismo tenía ideas bastante confusas. Testimonio de ello es el primer manifiesto del Comité Internacional, que es obra exclusiva de Winiger” (Kühn, 1916, 6: 102).

El introductor del “socialismo científico” en la Argentina, en cambio, no es un periodista o “literato” —como escribe Kühn con apenas disimulado desdén— sino un científico: más precisamente, un naturalista alemán que se ha radicado en la remota San Luis. Si bien se encuadra (como Winiger) en la doctrina de la socialdemocracia europea, Lallemant introducirá entre obreros e intelectuales de la Argentina un socialismo marxista, científico, moderno, “a la altura de los tiempos”, con fuertes puntos de contacto con el que, desde Alemania, desplegaba un Karl Kautsky.

Paradoja de paradojas, desde una lejana provincia de un país de la periferia capitalista, un naturalista alemán ha devenido afanoso lector de *El Capital* de Karl Marx y un intenso difusor de esta

teoría elaborada por otro emigrado alemán, pero desde Inglaterra, cuna del capitalismo moderno. Lallemant busca en la obra de Marx claves para descifrar el atraso argentino y sus perspectivas de desarrollo futuro, volcando los resultados de sus estudios y reflexiones en diversos semanarios porteños como el *Vorwärts*, *El Obrero* (1890-1892) y *La Agricultura* (1894-1899). Y si bien su rol de difusor de Marx y el marxismo fue clave en la década de 1890, su colocación dentro del emergente campo socialista será conflictiva e incluso efímera. Sus temporadas en Buenos Aires, epicentro de la política nacional y cuna del proletariado moderno, serán siempre breves: Lallemant retornará una y otra vez a San Luis, cerca de la naturaleza, lejos de la política, donde lo sorprenderá la muerte, en plena labor, en 1910.

En las páginas que siguen exploraremos algunos temas de su trayectoria intelectual, intentando evaluar los alcances y límites de su marxismo no sólo a través un análisis intrínseco de sus textos sino considerando este lugar en tantos sentidos excéntrico de Germán Avé-Lallemant.

Un sabio socialista en el desierto puntano

No es casual que el introductor del “socialismo científico” entre los obreros e intelectuales de la Argentina de 1890 sea un naturalista. Hermann Avé-Lallemant (Lübeck, 1835 ó 1836- San Luis, 1910) no llegó a la Argentina con la generación de los emigrados del *Verein Vorwärts* a causa de las “leyes antisocialistas” de Bismarck, sino quince años antes (hacia 1868), con la generación de los científicos germanos, que arribaban en la segunda mitad del siglo XIX contratados por el gobierno o la universidad. El más destacado de todos ellos, Hermann Burmeister (1807-1892), discípulo de Alexander Von Humboldt y amigo del padre de Lallemant, habría convocado a la Argentina y apadrinado al joven ingeniero en minas (García Costa, 1985; Ferrari, 1993).

Instalado en San Luis desde 1870, desplegó desde allí una labor polifacética como sabio naturalista, explorador, ingeniero, agrimensor, cartógrafo, arqueólogo, educador y periodista. Formado en un medio protestante, se combinaban en su persona una moral puritana, emprendedora, ascética, voluntarista, con la pasión del naturalis-

ta por la ciencia (no la ciencia especulativa, sino “aplicada”). Extraña mezcla de sabio y de *pioneer*, poseía el temple necesario para llevar adelante, empecinadamente, en medio del aislamiento del desierto puntano, sus emprendimientos de precursor, bregando contra la desidia de la burocracia provincial, la resistencia oscurantista del clero y la estrechez de miras del proyecto de país de la élite oligárquica.

En 1882, redactó una *Memoria descriptiva de la Provincia de San Luis* para un concurso oficial que desestimó la obra. A pesar de los desinteresados servicios —científicos, técnicos, económicos, culturales— que Lallemand prestaba a un país en formación, su “absoluta independencia de toda influencia oficial” —según propias palabras— le había jugado una mala pasada. Es que a pesar del carácter técnico del estudio —para el cual Lallemand ha debido recabar una ingente masa de información hasta entonces dispersa a lo largo de toda la provincia y producir otra cantidad, elaborando incluso sus propias estadísticas—, vuelca por aquí y por allá opiniones y consejos para modernizar diversos aspectos de la vida económica y social de San Luis que seguramente no fueron del agrado de los evaluadores de la élite. Lallemand publica por su cuenta la *Memoria* algunos años después, en 1888, antecediéndola de una “Advertencia” en la que se hace visible un cambio de registro: apelando a un léxico ostensiblemente marxista, nos explica que en los seis años transcurridos desde que el texto fue redactado, la Argentina había avanzado en el “camino del desarrollo de la organización capitalista de la producción”.

La “Advertencia” constituye, seguramente, el primer esbozo de una interpretación marxista de la formación social argentina. Lallemand está glorificando, desde la ciudad de San Luis, en el año 1888, el célebre capítulo XXIV de *El Capital*, “La llamada acumulación originaria”, donde Marx explicaba cómo a través de la violencia extraeconómica se “abrió paso a la agricultura capitalista, se incorporó el capital a la tierra y se crearon los contingentes de proletarios libres y privados de medios de vida que necesitaba la industria de las ciudades” (Marx, 1867/1946: 624). La apropiación de los bienes públicos y de las tierras comunales, así como la expropiación de los bienes eclesiásticos —había mostrado Marx— eran “la

base de esos dominios principescos que hoy posee la oligarquía inglesa”, esto es, los *landlords*. “Los capitalistas burgueses favorecieron esta operación, entre otras cosas, para convertir el suelo en un artículo puramente comercial, extender la zona de las grandes explotaciones agrícolas, hacer que aumentase la afluencia a la ciudad de proletarios libres y necesitados del campo, etc. Además, la nueva aristocracia de la tierra era la aliada natural de la nueva *bancocracia*, de la alta finanza, que acababa de dejar el cascarón, y de los grandes manufactureros, atrincherados por aquel entonces detrás del proteccionismo estatal” (*Ibid.*: 616).

Lallemand, sobre la base de su lectura de Marx, entiende que por entonces (1888) se ha consumado en la Argentina el momento de la “acumulación originaria”: “al fisco, a la comunidad, ya no queda nada”, las tierras han sido apropiadas por los *landlords* argentinos (la oligarquía), pero no como propiedad feudal sino como “capital constante”. Según el ingeniero alemán que leía a Marx desde la remota San Luis, la Argentina de la década de 1880 había ingresado a un segundo momento: el de “la producción agrícola capitalista por medio de la *Bancocracia*, la deuda pública sin límites, el sistema proteccionista” que despojaba de sus medios de vida y de producción a los más y generaba una extraordinaria acumulación de medios de producción en manos de unos pocos. Este sistema de producción traía como “su consecuencia infalible” la división de la sociedad entre, de un lado, el “*lauboring pauper*”, esto es, el proletariado, y del otro, “la acumulación gigantesca de los medios de trabajo... en manos del capitalista”. De un lado el capital variable, del otro, el capital constante.

¿Cómo tomó contacto un ingeniero alemán, desde la ciudad de San Luis, con las obras de Marx y Engels? Fermín Chávez afirma que Lallemand arribó en 1868 a la Argentina luego de “participar en la lucha que el socialismo alemán entablara con Bismarck” (1993: 49) y García Costa sostuvo que “la formación ideológica marxista de Lallemand se había producido en Europa” (1985: 33, n. 9). Ninguno respalda su afirmación en fuentes: se trata sin duda de conjeturas, ambas poco plausibles. Para mediados de la década de 1860 el socialismo estaba en sus albores en Alemania. El partido de los “eisenachianos” (de Be-

bel y de Liebknecht) recién se iba a fundar en 1869, un año después que Lallemant arribara a la Argentina. El “marxismo” virtualmente no existía entonces en tanto que “concepción materialista de la historia” o que “socialismo científico”, sino que es construido como doctrina en gran medida por Kautsky en la década de 1880, con el padrinazgo de Engels (Andreucci, Haupt). Ahora bien, si no llegó a la Argentina como marxista, ¿habrá formado parte el joven Lallemant, poco antes de partir para el Brasil, del auditorio de las animadas conferencias de Ferdinand Lassalle que dieron origen en 1863 a la ADAV (*Allgemeiner deutscher Arbeiterverein*)? Es poco probable. Las primeras referencias de Lallemant a conceptos socialistas o marxistas aparecen, como vimos, en 1888 y su primera “profesión de fe” marxista data de 1890, en *El Obrero*. Como se ha señalado, no hay ningún testimonio escrito de sus ideas socialistas o marxistas entre 1868 y 1888, y resulta poco verosímil una “hibernación” de las mismas durante 20 años (Díaz, 1997: 131).¹ En 1873, por ejemplo, su concepción de la “civilización” no difiere de la de Sarmiento y los hombres de la élite: “En el Río Quinto vive en los fortines la guarnición. Salvo ella no se ve ninguna casa. Lo que antes estaba vivo lo mataron los indios con sus malones o lo apresaron y lo llevaron a sus tolderías del sur. Los indios juegan un molesto rol en la seguridad diaria argentina. Atacan con sus tacuaras a los *winca* (cristianos), suben a las mujeres a los caballos y huyen hacia el sur para entregar las muchachas y los animales a los caciques. El indio es cobarde y artero, falso y pérfido... ¿Ofrecerle la mano al indio y cerrar contratos con ellos? La historia de las colonias españolas tiene casi 400 años y dice claramente que no hay que hacerse ilusiones y sueños, y también en el Río Quinto la colonia alemana se expandirá y progresará, sólo producirá seguridad el plomo y la pólvora”.²

No sólo no están presentes en éste y en los otros textos de estos años los términos que Lallemant incorpora a partir de 1888 —fuerzas productivas, relaciones de producción, clases sociales, acumulación del capital, etc.—, sino que a partir de entonces su concepción de la formación de la Argentina moderna se invertirá: la acción “civilizadora” de la élite aparecerá entonces como resultado de la expansión del capital y la concentración capitalista de las tierras, realizada a ex-

puestas de las comunidades aborígenes que son consideradas ahora como víctimas de este proceso, antes que amenaza de “barbarie”.

Además, el contraste entre el tenor del texto de la *Memoria descriptiva de la Provincia de San Luis* redactado en 1882 y el del prólogo “marxista” de 1888, permite inferir que el encuentro de Lallemant con Marx se produjo dentro de ese lustro. Esto es, coincide con la instalación del *Verein Vorwärts* en la Argentina (enero de 1882) y su intensa difusión de literatura socialista y marxista (Klima, 1974), aunque no puede descartarse que Lallemant mantuviese correspondencia directa con Alemania y hubiese recibido por esta vía independiente obras de Marx y Engels.

Germán Avé-Lallemant y la experiencia del periódico El Obrero

Cuando en abril de 1890 los miembros del Comité Internacional Obrero deciden, entre otras medidas, “Editar un periódico para la defensa de la clase obrera”, acuden a ese sabio alemán. “Ignorado de los militantes, y lejos de la Capital Federal, había un intelectual que conocía a fondo las teorías socialistas y que con interés creciente observaba las tentativas de organización proletaria” (Kühn, 1916: 102). En efecto, Lallemant es un “ignorado de los militantes”, pero para entonces se ha transformado en el principal colaborador del semanario *Vorwärts*: es prácticamente el único que firma sus notas, sea con su nombre o sus innumerables seudónimos. Aborda en sus páginas, durante más de una década, los temas más variados: científicos, económicos, sociales, culturales, políticos, unas veces en un tenor más teórico y abstracto, otras veces, en el tono más coloquial y descriptivo de un corresponsal. Es probable que se deban también a la iniciativa de Lallemant los pocos artículos que este semanario socialdemócrata de Buenos Aires de inspiración lassalleana, consagrara a Marx y a Engels. A fines de la década de 1880 y principios de la década de 1890 es probablemente la única persona en el país familiarizada con su obra.

El Obrero. Defensor de los intereses de la clase proletaria hizo su aparición el 12 de diciembre de 1890. Sobre el título se estampaba la divisa del *Manifiesto*: “Proletarios de todos los países,

Uníos!". El autor de la mayoría de los artículos sigue siendo Lallemand, aún después de que abandona la dirección del periódico porque debe retornar a San Luis (febrero de 1891). Las notas, salvo excepciones (como algunas correspondencias), no aparecen firmadas, pero sabemos que sus colaboradores fueron Augusto Kühn, Domingo Riso (Italia, 1863- Mar del Plata, 1923), Carlos Maulli (El Tirol, 1852- Buenos Aires, 1923), Pedro Burgos y Leoncio Bagés. El tipógrafo Esteban Jiménez (Málaga, 1869- Buenos Aires, 1929) se incorporó en los últimos seis meses de vida del semanario, y lo relanzará en 1893.

Kühn lo destacó tempranamente: "Las teorías de Marx tuvieron en este periódico su primera tribuna" (Kühn, 1916, 5:125). Y, en efecto, ya en el editorial del primer número, "Nuestro Programa", se señala con toda claridad: "Venimos a presentarnos en la arena de la lucha de los partidos políticos de esta República como campeones del Proletariado que acaba de desprenderse de la masa no poseedora, para formar el núcleo de una nueva clase, que inspirada por la sublime doctrina del Socialismo Científico moderno, cuyos teoremas fundamentales son: la concepción materialista de la Historia y la revelación del misterio de la producción capitalista por medio de la supervalía —los grandes descubrimientos de nuestro inmortal maestro Carlos Marx—, acaba de tomar posición frente al orden social vigente" (n° 1, 12/12/1890: 1).

El editorial es obra, sin duda alguna, de Lallemand. Si bien comienza recuperando el discurso establecido primero por el *Vorwärts* y luego por el Comité Internacional Obrero acerca del Congreso Obrero de París, la celebración del 1° de Mayo de 1890 en el Prado Español y la lucha obrera por su emancipación, Lallemand lo re-escibe en términos del marxismo de la Segunda Internacional, introduciendo en el léxico político argentino conceptos que tendrán una larga historia: sistema capitalista y acumulación del capital, clases sociales y lucha de clases, terratenientes, burgueses y proletarios, trabajo asalariado y plusvalor (que Lallemand traduce "supervalía"), etc.

El semanario —promete— será "un campeón de los intereses de la clase de los trabajadores asalariados". El Comité Internacional es presentado en términos de "centro de unión de todas las sociedades de obreros que, conscientes de la

magnitud de la misión que en la historia de la cultura humana está llamada a llevar la clase proletaria, se coaligaron, animados por el espíritu de solidaridad más amplia, con el fin de prestarse mutuamente auxilios y robustecer la acción común, por un lado para luchar en fila cerrada por el mejoramiento de las condiciones de existencia, o sea para mejorar en cuanto posible fuera los salarios y disminuir las horas diarias de trabajo, y por otro lado para contribuir a la gran obra de la emancipación de la clase obrera, y cuyo acto liberador lo comprende la misión histórica del Proletariado" (*Ibid.*).

El tono reivindicativo de los manifiestos obreros de 1890 en pos de la jornada de trabajo de 8 horas y el conjunto de la legislación obrera ha pasado en *El Obrero*, sin desaparecer, a un segundo plano: el nuevo discurso es el de una Filosofía de la Historia en la cual el Proletariado, en sintonía con el marxismo de la Segunda internacional, al luchar por su emancipación social, ha de cumplir la "misión histórica" de emancipar a toda la sociedad. La Ciencia no es concebida ya como el manantial de la Verdad adonde podrán abreviar su conocimiento los obreros que han logrado reducir la jornada de trabajo, sino que es el garante último de la redención de la humanidad por el Proletariado, ahora que las condiciones histórico-materiales han hecho que el socialismo, que hasta ayer era necesariamente utópico, adquiera con Marx y Engels, un estatuto científico. En palabras del Editorial de Lallemand: "Queremos... ser propagandistas de la sublime doctrina del socialismo científico moderno, que enseña al proletario cómo él está llamado a ser el poderoso agente, por cuya acción la Humanidad conquistará el máximo grado de libertad posible, haciéndose dueña de la Naturaleza, y en este sentido siempre levantaremos la voz para gritarle a la clase de los obreros y trabajadores asalariados: Proletarios de todos los países, ¡uníos!" (*Ibid.*).

Dos aportes de Lallemand, presentes en este editorial programático y en toda la trayectoria de *El Obrero*, serán la caracterización del sistema económico-social argentino desde el prisma marxista (lo que Lenin, recuperando un concepto de Marx, definirá como "formación económico-social") y el análisis crítico de la coyuntura argentina —crisis y revolución del '90, políticas del gobierno y de la oposición radical, etc.— congruen-



te con aquella caracterización y según las categorías marxistas.

En relación al primer punto, Lallemand desplegará la caracterización de la formación social argentina que había avanzado en el prólogo a la *Memoria descriptiva de la Provincia de San Luis* y en los artículos del *Vorwärts*. Entiende que el territorio de lo que es entonces la Argentina estuvo dominado, durante casi cuatro siglos, desde la Conquista hasta tiempo reciente, por una forma de despotismo fundada en el trabajo servil o incluso esclavo de los indios. El “Caudillismo” era la forma política que correspondía a dicho modo de organización y explotación del trabajo. La Revolución de 1810 abolió de derecho, pero no de hecho, las formas serviles/esclavistas: sólo la penetración de la “civilización” a través del capital extranjero viene a completar “por abajo” el trabajo que la Revolución de Mayo inició “por arriba”. La Constitución Nacional de 1853, así como las constituciones provinciales, a pesar de su declarado liberalismo, no afectaron al caudillismo político, que alimentado por el “sistema de la política electoral”, llegó a su expresión máxima bajo el “unicato” de Juárez Celman, que acababa de derrocar la Revolución de Julio del '90.

“El capitalismo internacional en busca siempre de mercados nuevos para sus mercaderías, pero de mercados solventes, ha mucho que se fijó en la feracidad y habitabilidad de estas comarcas. Fue él quien inició y llevó adelante la obra de civilización aquí, echando sus capitales sobrantes a este país, tras de cuyos capitales han venido siguiendo muchos miles de obreros y trabajadores en busca del mercado en que podían vender su fuerza de trabajo.

Pero *civilizar* quiere decir organizar la producción y el trabajo conforme con las leyes del capitalismo, cuyas leyes surgen frente a cada individuo como leyes compulsoras de la libre concurrencia, y realiza en el orden social, las instituciones del liberalismo democrático burgués, como única organización social adecuada al máximo desarrollo posible de la libre concurrencia o competencia” (*Ibid.*).

En suma, Lallemand viene a decir que aunque el excedente de capital en los países centrales viene en busca de inversión rentable en estas tierras, fértiles y habitables, su penetración en paí-

ses de la periferia capitalista como la Argentina es, objetivamente, un motor de civilización, aunque, por supuesto de *civilización capitalista*: el capital extranjero disuelve las relaciones serviles o esclavistas al mismo tiempo que introduce vínculos mercantiles entre los hombres, compeliéndolos a aceptar las leyes de la compra y venta de mercancías (por ejemplo, los indios desalojados de sus tierras, los gauchos despojados de sus medios de vida y, finalmente los inmigrantes, se han visto compelidos a vender su fuerza de trabajo en el mercado, dando origen a un naciente sistema asalariado). La penetración de capitales extranjeros promueve, en el orden político, instituciones democrático-liberales, las únicas “adecuadas” al capitalismo de libre competencia.

Sin embargo, si bien el capital extranjero está interesado en instaurar un régimen burgués puro, “se ha sabido valer de la oligarquía del caudillaje para sentar sus reales en el país, e *inter* este último bien remunerado, se portó obediente y dócilmente, ambos marcharon de acuerdo”. Pero cuando la oligarquía lleva su unicato estatista más allá de lo tolerable por la lógica del capital, vulnerando la libre concurrencia, la sociedad entre ambos se rompe y estalla la crisis: “resultó que la oligarquía caudillera, abusando más y más del poder del Estado para garantizar a sus propios miembros de las consecuencias de la ley sobre libre competencia que determinan las relaciones entre los capitales individuales entre sí, infringió arbitrariamente las leyes capitalistas, o sea de la sociedad democrático burguesa, convirtiéndose el unicato incondicional en un absolutismo insufrible y absurdo. Entonces el capital internacional le echó el guante al caudillaje y estalló la guerra” (*Ibid.*).

La Unión Cívica no sería sino un instrumento inconsciente del capitalismo internacional, que busca instaurar el “régimen puro” de la dominación burguesa en la Argentina: “obedeciendo a la acción civilizadora del capital se alzó la Unión Cívica, levantando la bandera del régimen puro de la sociedad burguesa. Hemos visto cómo la revolución de julio, la revolución burguesa por excelencia, esta última aunque desgraciada en la lucha sobre las barricadas y mal dirigida, derribó el caudillaje en la primer campaña, y si esta último recuperó fuerzas de nuevo, sin embargo, ante la guerra implacable que le hace la Bolsa, guerra inspirada desde el gran cuartel general del capi-

talismo internacional en Lombardstreet de Londres, tendrá que arrear bandera bien pronto definitivamente. Comienza, pues, en este país la era de la dominación pura burguesa, hasta hoy claudicada por tradiciones caudilleras hispano-americanas” (*Ibid.*).

Lallemant considera que esa revolución burguesa constituye un paso histórico progresivo en relación al caudillismo precapitalista y preburgués, y se ampara para ello en el “materialismo dialéctico”: “Esta era del régimen burgués puro importa sí un gran progreso, y nosotros que confesamos la ley fundamental el materialismo dialéctico, de que la historia de la humanidad es un desarrollo infinito, en que, de un estado alcanzado se viene desarrollando el subsiguiente, y que sabemos que en el capitalismo y en la sociedad burguesa misma, ya se hallan en vigoroso proceso de desenvolvimiento los gérmenes de la futura sociedad comunista, cuya realización es el objetivo final de nuestros esfuerzos y deseos, nosotros aclamamos la nueva era con satisfacción” (*Ibid.*).

Este carácter “progresivo” del dominio burgués, sin embargo, era relativo a la historia y no debía hacer olvidar a los marxistas que inauguraba una nueva era de explotación del trabajo humano: “Pero nosotros sabemos también que la historia no es otra cosa que la lucha de clases; que la era del régimen de la burguesía pura no importa otra cosa, sino una crecida apropiación del trabajo no pagado en forma de supervalía y la explotación más intensiva de la fuerza de trabajo de los obreros. El Capitalista, al tiempo que paga la fuerza-trabajo del obrero con el valor real que como mercancía tiene en el mercado, extrae, no obstante, de ella mucho más valor de aquel que él ha dado en la forma de salario para adquirirla, y que esta supervalía constituye la suma de valores de donde proviene la masa del capital siempre creciente, acumulada en manos de las clases poseedoras” (*Ibid.*).

La Argentina no escapará a estas leyes históricas: antes bien, acaba de ingresar al terreno de la moderna lucha de clases: “Con la era de la administración pura burguesa, los capitalistas tratarán de hacer subir más la proporción de la supervalía relativa, de aumentar el grado de explotación del trabajo, tanto más como el país tiene que pagar enormes deudas en el exterior, que solamente pueden satisfacerse por los valores de la producción. La clase de los verdaderos productores, la de

los obreros pues, tendrá ahora que defenderse de un modo tanto más enérgico contra las exigencias crecientes del capitalismo, cuanto la burguesía es la absoluta dueña de los poderes del estado, sobre todo de la legislatura, y estará empeñada en echar todos los cargos e impuestos necesarios para la conservación de la autonomía nacional y provincial sobre los hombres del proletariado” (*Ibid.*).

Comparado con la prensa obrera socialista premarxista —desde *El artesano* de Victory y Suárez (1863) hasta *Le Révolutionnaire* de S. Pourille (1874-1876)—, ya el primer editorial de *El Obrero* comportaba una innovación político-periodística e ideológica extraordinarias: no sólo definía al nuevo semanario como defensor de los intereses de una clase obrera moderna (apenas en formación), sino que vinculaba también la “misión histórica” del proletariado con la doctrina del “socialismo científico”, la caracterización de la formación social argentina con el análisis de un hecho reciente —la crisis del ‘90 y la Revolución de Julio—, abordado en un lenguaje novedoso y en sintonía con los temas de lo más avanzado del socialismo europeo. Los números sucesivos no harán sino desarrollar este editorial programático.

El Marx de Lallemant

Lallemant no deja de transmitir su entusiasmo, en cada página de *El Obrero*, por la obra de su maestro, y particularmente por *El Capital*. Cualquier tema abordado es una buena excusa para recomendar su lectura a los obreros. En un retrato que traza con motivo de un aniversario de su muerte, en la portada de la edición de *El Obrero* del 14 de marzo de 1883, bajo el título “Carlos Marx”, presenta ante todo la figura de un sabio, un economista, un científico, un filósofo. Es interesante constatar qué obras de Marx conoce entonces Lallemant: “Él [Marx] ha publicado además: *Manifiesto del Partido Comunista*, junto con Engels en 1847 [sic: 1848]. El *18 de Brumaire*, un bosquejo histórico-político dirigido en 1857 [sic: 1852] contra Napoleón III. La *Miseria de la Filosofía*, contestación a la filosofía de la miseria de M. Proudhon, aparecido en 1847. *Crítica de la Economía Política*, aparecido en 1859. De su gran obra, *El Capital, una crítica de la economía política*, apareció el primer tomo en 1867. El segundo tomo fue publicado por Engels en 1885 y el terce-

ro debe probablemente publicarse dentro de pocos meses. Además escribió Marx un folletito: *Revelaciones sobre el juicio contra los comunistas de Cologne*, en 1853”.

La referencia precisa sobre la inminente aparición del tercer volumen de *El Capital* es una pauta clara del grado de actualización de Lallemand con la literatura marxista (Engels viene anunciando la edición del manuscrito de Marx hace años, pero recién podrá concluirlo en 1894). Es significativo que mientras la mayor parte de los socialistas contemporáneos ingresaban a la doctrina a través del *Manifiesto Comunista*, del *Anti-Dühring* de Engels o de *La mujer y el socialismo* de Bebel, Lallemand lo haga a través de esta obra compleja. Las citas de *El Capital* son incontables en *El Obrero*, en contraposición a citas aisladas de *El Manifiesto Comunista* o de la *Crítica de la Economía Política*. Significativamente, Lallemand no cita (ni siquiera incluye en su perfil de Marx) *La guerra civil en Francia*, que según Hobsbawm constituía, junto con el *Manifiesto* y *El Capital*, la trilogía de textos de Marx más difundidos y disponibles al público antes de que Engels emprendiera un trabajo de reedición de obras agotadas de Marx (Hobsbawm, 1979/1980: 296).

Lallemand refiere en menor medida a Engels: cita *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, el *Anti-Dühring* y “Socialismo utópico y socialismo científico”, glosada ampliamente en su retrato de Marx. En el último número de *El Obrero* (n° 88, 24/9/1892: 1), en el artículo que titula “Historia de la cultura humana”, resume *El Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), introduciendo al movimiento obrero argentino en la terminología de la antropología evolucionista de Lewis Morgan.

También hace dos referencias a la *Crítica del Programa de Gotha* de Marx, una en 1891, pocos meses después de su aparición en *Die Neue Zeit*, y otra vez en 1895 en el *Vorwärts*, en una polémica con el joven Ingenieros. Es muy probable que para fines de la década de 1880 o inicios de la del 1890 Lallemand ya esté suscripto a *Die Neue Zeit*, revista a la que envía sus “correspondencias” desde 1894. Esta colaboración regular ha permitido conjeturar a varios autores que Lallemand mantuvo una relación epistolar con Karl Kautsky, su director.

Se ha insistido reiteradamente en el carácter “marxista ortodoxo” de Lallemand. En gran medida, se trata de una construcción retrospectiva con vistas a ofrecer un marxismo genuino y originario, en contraposición explícita o implícita al “revisionismo” de Juan B. Justo (Ratzer, 1970; Paso, 1974; García Costa, 1985, etc.) o del joven José Ingenieros (Labastie, 1975). Sin duda, Lallemand es un “marxista ortodoxo” no porque lea a Marx mejor o peor que Justo e Ingenieros, sino en tanto y en cuanto lee a Marx según el canon establecido entonces por la ortodoxia marxista alemana, cuyo portavoz era Kautsky. Además, si bien ortodoxos y revisionistas leen a Marx desde su propio prisma, unos y otros se apoyan sobre una plataforma común: la que brindan las concepciones evolucionistas en boga en las últimas tres décadas del siglo XIX. Después de todo, también Kautsky había llegado a Marx después de estudiar ciencias naturales, previo paso por el darwinismo.

No se trata tampoco de que Lallemand fuese “kautskista”, pues uno y otro desarrollan sus respectivas obras en simultáneo. ¿Qué ha leído Lallemand de Kautsky a la hora de redactar *El Obrero*? En verdad, sus principales obras son posteriores a 1892. Puede haber leído *La doctrina económica de Carlos Marx* (1886), pero sobre todo los artículos de Kautsky en *Die Neue Zeit*, donde también pudo conocer textos de figuras de la socialdemocracia europea como Bernstein, Bebel, Liebknecht, Rosa Luxemburg, Lenin, Hilferding, Plejánov, etc. En esta revista se desató el *Bernstein-Debatte*, que seguramente siguió con atención, y probablemente haya recibido y leído la réplica de Kautsky a Bernstein, pero apenas ha dejado ligeras referencias indirectas al debate sobre el revisionismo (Lallemand, 1974). Desde luego, conoció y apreció *La Cuestión Agraria* de Kautsky, que hizo traducir para *La Agricultura* (Díaz, 1997), pero la primera edición alemana de esta obra es de 1899 y Lallemand viene desarrollando sus tesis sobre la “cuestión agraria” argentina a lo largo de toda la década de 1890.

Lallemand, lector de *El Capital*

El Capital no sólo ofrecía un estudio crítico del “régimen capitalista de producción” que tomaba a Inglaterra, “el hogar clásico de este régimen”, como modelo. Marx advertía al lector alemán en el

Prólogo a la primera edición (1867) que las regiones menos desarrolladas industrialmente terminarían, más tarde o más temprano, por sucumbir a las leyes de la producción capitalista, imponiéndose en todo el globo “con férrea necesidad”: *de te fabula narratur!* La obra de Marx no sólo fue acogida por los socialistas del mundo capitalista desarrollado, sino que interesó sobremanera a los del mundo periférico. Los populistas rusos, por ejemplo, la recibieron con beneplácito, pero no dejaron de sentirse conmocionados por el capítulo XXIV consagrado a “la llamada acumulación originaria” y no se demoraron en escribirle a Marx preguntándole si de su concepción debía desprenderse que algún tipo de necesidad histórica obligaba al pueblo ruso a pasar por las horcas caudinas de la acumulación primitiva del capital, con toda su secuela de violencia, miseria y crisis social, para ingresar en la civilización moderna (Shanin, 1984/1990; Tarcus, 2000).

La lectura de *El Capital* ha conmocionado, sin duda, también a Lallemant. La obra de Marx le ha proporcionado no sólo un modelo para comprender la dinámica del capitalismo en Europa Occidental y los Estados Unidos, sino también para reprocesar veinte años de observaciones críticas sobre el atraso argentino. Marx le advertía al lector alemán en el Prólogo a la primera edición que “la realidad alemana es mucho peor todavía que la inglesa, pues falta el contrapeso de las leyes fabriles. En todos los demás campos, nuestro país, como el resto del occidente de la Europa continental, no sólo padece los males que entraña el desarrollo de la producción capitalista, sino también los que supone la falta de desarrollo. Junto con las miserias modernas, nos agobia toda una serie de miserias heredadas, fruto de la supervivencia de tipos de producción antiquísimos y ya caducos, con todo su séquito de relaciones políticas y sociales *anacrónicas*” (Marx, 1867/1946, I: XIV). Lallemant no sólo es un “lector alemán”, consciente del “atraso alemán”. Es, además, un alemán en América Latina, que conoce por partida doble, como alemán y como latinoamericano, cómo se combinan de modo alarmante las miserias que trae, “desde afuera”, el desarrollo, con las que arrastra, “desde adentro”, el propio subdesarrollo (“la falta de desarrollo”), con “todo su séquito de relaciones políticas y sociales *anacrónicas*”.

La “ortodoxia marxista” también leyó a Marx, y concretamente a su *opera magna*, en clave evolucionista. En palabras de Shanin, el evolucionismo constituía “el arquetipo intelectual de aquellos tiempos, tan prominente en los trabajos de Darwin como en la filosofía de Spencer, en el positivismo de Comte y en el socialismo de Fourier y Saint-Simon. El evolucionismo, es esencialmente, una solución combinada a los problemas de la heterogeneidad y del cambio [...] La fuerza de esta explicación reside en la aceptación del cambio como parte de la realidad. Su debilidad principal es el determinismo optimista y unilineal usualmente implícito en ella: el progreso a través de los estadios significaba también un ascenso universal y necesario a un mundo más agradable para los humanos...” (Shanin, 1984/1990: 15).

Era inevitable que *El Capital* fuese leído desde este prisma por los hombres que —como Kautsky, o como Lallemant— se habían formado en el paradigma cientificista y evolucionista. Marx aparecía ahora, no como el revolucionario de los tiempos de la Internacional (Tarcus, 2002), sino como un sabio, un científico capaz de ofrecer su saber a una causa de redención humana. *El Capital* es leído, ante todo, como una obra científica, equiparable en ese sentido a *El Origen de las especies* de Darwin. El riesgo de esta lectura en clave cientificista —a la que se prestaba la propia insistencia de Marx en el carácter “científico” de su obra, cuyo objeto señalaba en el Prólogo de 1867 no consistía tanto en las “contradicciones sociales” como en “las leyes naturales de la producción capitalista” que se imponían “con férrea necesidad”— es que se desdibujase su tenor crítico-político. La obra tardía de Engels reforzó esta orientación (Mondolfo, 1915/1956). Pero fue Kautsky, finalmente, quien instituyó el marxismo ortodoxo en términos de un monismo evolucionista y naturalista (Salvadori, 1978/1980). De cualquier modo, como ha señalado Andreucci, la vinculación de Darwin, Spencer y Haeckel con Marx “estaba en el espíritu de los tiempos” (1979/1980). Pues bien: como veremos, Lallemant leyó *El Capital* en esta clave cientificista, naturalista y evolucionista, ya sea previamente influido por Kautsky, ya sea por su propia formación de naturalista y por el peso que la ideología evolucionista había adquirido dentro de las élites ilus-

tradas, en el mundo entero y, por supuesto, también en la Argentina (Terán, 2000).

El énfasis puesto por Marx en que el comunismo no era una idea exterior a realizarse en el mundo, ni un modelo ideal a ser aplicado, sino que era un proceso intrínseco al orden capitalista, había entusiasmado a Lallemand. Como muchos socialistas contemporáneos, el sabio naturalista de San Luis interpretó la concepción materialista de la historia en una clave fuertemente evolucionista, donde cada etapa sucesiva representaba un momento necesario y progresivo en relación al anterior: la historia humana como realización del Progreso: “Marx, en su célebre obra *El Capital*, ha demostrado que el método actual de producción se había desarrollado en el curso de la historia del género humano de los métodos anteriores, y que este método actual de producción, el del capitalismo, era una fase lógica y necesaria del grande proceso de transformación progresista, que llevando a la humanidad de un grado de cultura a otro superior, había llegado al actual de la Sociedad Burguesa, o sea, a la civilización moderna...” (“Las Uniones industriales capitalistas”, *EO* n° 11, 7/3/1891, pp. 1-2).

En el mismo sentido, en el citado editorial del primer número de *El Obrero* se leía: “*Esta era del régimen burgués puro importa sí un gran progreso*, y nosotros que confesamos la ley fundamental del materialismo dialéctico, de que la historia de la humanidad es un desarrollo infinito, en que, de un estado alcanzado se viene desarrollando el subsiguiente, y que sabemos que en el capitalismo y en la sociedad burguesa misma, ya se hallan en vigoroso proceso de desenvolvimiento los gérmenes de la futura sociedad comunista, cuya realización es el objetivo final de nuestros esfuerzos y deseos, nosotros aclamamos la nueva era con satisfacción” (“Nuestro programa”, *EO* n° 1, 12/12/1890: 1).

Asimismo, Lallemand leyó a Marx en clave científico-natural: el marxismo, el Socialismo científico, no sería para él otra cosa que un saber positivo acerca de las leyes que rigen el movimiento de la sociedad, saber que, en el plano del conocimiento, se correspondía con la realización “objetiva” del socialismo en el seno del capitalismo: “Aunque nuestros enemigos lo niegan, el Socialismo es la idea predominante que hoy en día determina toda la marcha del Estado y de la Socie-

dad, de la civilización entera. Naturalmente que así sucede, porque el Socialismo es el hijo de esta civilización, y la Democracia socialista es el producto de condiciones reales existentes, la expresión de condiciones reales concretas, y ha formulado sus exigencias de un modo determinante definido y positivo, fundadas sobre aquellas condiciones reales existentes”. La Ciencia era, pues, el garante de la política: “Estamos absolutamente convencidos de la legalidad que la ciencia otorga a nuestras aspiraciones” (“Nuestra táctica (continuación)”, *EO* n° 23, 1°/6/1891).

Sin embargo, el problema se presentaba cuando el conocimiento de la legalidad capitalista terminaba confundiendo con su implícita aceptación en tanto proceso “objetivo y necesario”. El extraordinario elogio de la modernidad capitalista con que Marx abrió el *Manifiesto Comunista* se complementaba cabalmente con la crítica radical que le seguía a continuación, y que develaba su carácter contradictorio, violento, explotador y misticador. La modernización capitalista adquiría así, una doble faz, a la vez revolucionaria y opresora. En cambio, como ya se ha indicado, el énfasis puesto por Marx en presentar a *El Capital* como el estudio de las “leyes naturales” que rigen la producción capitalista, el hincapié científico en equiparar leyes sociales con leyes naturales, facilitó la lectura de la *opera magna* de Marx en clave científico-positiva. Durante décadas se olvidó que Marx consideraba a la Economía Política como una ideología y *El Capital* fue leído como una obra de ciencia económica socialista antes que como una crítica de la Economía Política en tanto que tal. Según Lallemand: “La economía política es la ciencia de las leyes generales del trabajo, o de la industria humana. El trabajador pues, ante todo otro ser humano, tiene un interés directo de estudiar esta ciencia e imponerse de sus resultados, con el fin de llegar a darse cuenta conscientemente de su posición, de su importancia, de sus derechos y deberes en la sociedad y para con la especie humana a que pertenece... El estudio de la economía política se ha generalizado en los últimos tiempos. Probablemente porque los hombres han comprendido que esta ciencia les conducirá a la solución teórica de la magna cuestión del día, de la Cuestión Social” (“La economía política”, en *EO*, n° 32, 8/8/1891).

En ese sentido, fenómenos del capitalismo de fin de siglo como los *trusts*, grandes uniones industriales por rama a nivel nacional, con la consecuente ruina de los pequeños y medianos productores era, aunque doloroso, un “progreso necesario”: “Si bien estas Uniones tienen por resultado la brutal destrucción de la pequeña industria, las saludamos como un progreso necesario del sistema moderno de producción”. Ellas operaban, de hecho, una “nacionalización de la industria” que equivalía enteramente a la “socialización de la producción”. De modo que, concluye Lallemant: “estas Uniones son los más enérgicos agentes en el tiempo de propaganda de las teorías y del propósito del Socialismo científico” (*Ibid.*).

Marx, exponiendo “La ley general de la acumulación Capitalista” (cap. XXIII de *El Capital*) había previsto que el límite que alcanzaría el proceso intrínseco de centralización del capital estaría dado por la aglutinación de todos los capitales de una misma rama industrial, en manos de un solo capitalista o una misma sociedad (Marx, 1867/1946, I: 530-531). Engels agregaba una nota al pie de la 4ª edición alemana de 1890: “Los novísimos *trusts* ingleses y norteamericanos aspiran ya a esto, puesto que tienden a unificar, por lo menos todas las grandes empresas de una rama industrial, en una gran sociedad anónima con monopolio efectivo” (*Ibid.*: 531 n.). Pero Engels se limitaba aquí a una simple constatación histórica que confirmaría la previsión de Marx: difícilmente puede ser interpretada como el reconocimiento de una forma progresiva y superior de capitalismo, que aproximaría a la humanidad al socialismo. Incluso su referencia al recurso monopolista desacreditaba cualquier interpretación en ese sentido.

Pero Lallemant, números más adelante, extenderá el radio de las “instituciones penetradas del espíritu comunista y socialista” hasta incluir todas las formas contemporáneas de propiedad estatal, incluso la economía alemana nacionalizada por el canciller Bismarck: “Ya en la forma actual de muchas instituciones sociales y económicas vemos más o menos realizados nuestros principios socialistas, así p. e. en la convención internacional de correos, en los ferrocarriles de propiedad del Estado, etc., etc, y más y más va la idea comunista apoderándose de los ánimos. La reforma social, el imperialismo social alemán, el socialismo

de la pequeña burguesía, el socialismo católico del Cardenal Canning, los *trusts* industriales, las grandes compañías de seguros y de aseguranza mutua, etc., etc. Todas estas instituciones penetradas del espíritu comunista y socialista” (“Nuestra táctica”, *EO* n° 22, 24/5/1891).

Mientras Lallemant escribe estas líneas, Engels prepara una nueva edición de su folleto “Socialismo utópico y socialismo científico” que aparece en Alemania en 1891. Vuelve aquí sobre lo que llama una verdadera “rebelión de las fuerzas productivas, cada vez más imponentes, contra su calidad de capital, esta necesidad cada vez más imperiosa de que se reconozca su carácter social”. Esta extraordinaria socialización de los medios de producción excede al capital individual e impone primero la forma de grandes sociedades anónimas, luego la de los *trusts* e incluso su nacionalización como empresas del Estado, el que, llegado a un cierto punto, tiene que hacerse “cargo del mando de la producción”, en áreas como el correo, el telégrafo y los ferrocarriles. ¿Es “progresivo históricamente” este proceso en términos de Engels, como lo es en Lallemant? En un aspecto, Engels parece coincidir con el optimismo de Lallemant: en los *trusts*, por ejemplo, “la libre concurrencia se trueca en monopolio y la producción sin plan de la sociedad capitalista capitula ante la producción planeada y organizada por la naciente sociedad socialista” (Marx-Engels, 151-152).

Sin embargo, el autor de “Socialismo utópico y socialismo científico” rechaza tajantemente cualquier ilusión “socialista” sobre las nacionalizaciones por parte del Estado: “las fuerzas productivas no pierden su condición de capital al convertirse en propiedad de las sociedades anónimas y de los *trusts* o en propiedad del Estado... el Estado moderno no es tampoco más que una organización creada por la sociedad burguesa para defender las condiciones exteriores generales del modo capitalista de producción contra los atentados, tanto de los obreros como de los capitalistas aislados. El Estado moderno, cualquiera que sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista, es el Estado de los capitalistas, el capitalista colectivo ideal” (*Ibid.*: 153).

E incluso arremete contra lo que denomina “una especie de falso socialismo, que degenera alguna que otra vez en un tipo especial de socialismo, sumiso y servil, que en todo acto de nacio-

nalización, hasta en los dictados por Bismarck, ve una medida socialista. Si la nacionalización de la industria del tabaco fuese socialismo —ironiza Engels—, habría que incluir entre los fundadores del socialismo a Napoleón y a Metternich” (*Ibid.*: 152, n.).

Engels, en suma, tiende a plantear una dialéctica histórica “objetiva” del desarrollo capitalista entre fuerzas productivas y relaciones de producción articulada con una dialéctica “subjetiva” en términos de luchas de clases, de sujetos históricos, de partidos y política. Kautsky, en el prólogo a un texto que pocos años después Lallemand hará traducir para el semanario *La Agricultura*, dará una vuelta de tuerca a la dialéctica histórica de Engels en un sentido positivo, objetivista, evolucionista e integracionista:

“Engels decía en su *AntiDühring* lo necio que es considerar como elemento del proceso dialéctico una negación destructiva. La evolución por la vía de la negación no significa en modo alguno la negación de todo lo existente; supone más bien la continuidad de aquello que está evolucionando... La evolución sólo es un progreso cuando no se limita a negar ni abolir, sino cuando también conserva; cuando junto a lo existente que merezca desaparecer, mantiene también lo que merece conservarse. La evolución consiste, pues, en acumular los progresos de las fases anteriores de la evolución. El desarrollo de los organismos no sólo se produce por *adaptación* sino también por *herencia*; las luchas de clases que hacen evolucionar, no sólo se orienta a la *destrucción* y la *reproducción*, sino también a la *conquista* y la *conservación* de algo existente; el progreso de la ciencia sería igualmente imposible sin la *transmisión* de sus resultados anteriores como sin su crítica; y el progreso del arte no nace de la *originalidad* del genio, rompiendo con todas las barreras de lo tradicional, sino también de la *comprensión* de las obras maestras de los predecesores” (Kautsky, 1899/1970: CIX).

Lallemand llegará aún más lejos. Es que el “padre el marxismo argentino” es, podría decirse, un “marxista sin sujeto”, no sólo en el sentido de que el proletariado de la Federación Obrera es apenas una clase incipiente en la Argentina, sino en tanto su concepción del marxismo tiende a acen- tuar el momento objetivo, positivo, de la dialéctica, en desmedro del subjetivo y negativo. Véase,

por ejemplo, cómo su entusiasmo por el desarrollo de las fuerzas productivas y el avance del proceso de socialización de la producción obnubila hasta tal punto la dimensión político-subjetiva de la dialéctica histórica, que tiende a presentar el socialismo como algo inminente... en 1891:

“El socialismo es hijo del mismo capitalismo. En la sociedad burguesa actual misma, se están desarrollando los gérmenes del socialismo. Así como esta sociedad nació del orden social del tiempo colonial español,... así está el socialismo naciendo ahora del orden social vigente y tiende a instalar un orden perfeccionado muy elevado y superior al actual, un orden cuya idea fundamental es la Solidaridad, el Mutualismo, la Comunidad los intereses de todos, la igualdad de la acción, de desarrollo y ventajas de todos al trabajo, y el derecho igual de todos a la educación y a los productos del trabajo. Y la sociedad socialista o comunista está ya casi pronto para nacer; puede decirse que no falta más que romper la cáscara del huevo... El proceso de desarrollo no lo ataja, no lo paraliza nadie... ¡El socialismo es absolutamente invencible!” (“El socialismo y la burguesía argentina”, en *EO* n° 21, 16/5/1891).

Esta lógica parece llegar al paroxismo cuando Lallemand se entusiasma al recibir la noticia del éxito de una experiencia con energía eléctrica realizada en Frankfurt, Alemania. En un artículo titulado “Un grande triunfo del trabajo humano. La transmisión de energía eléctrica, la aliada del socialismo” se complace en anunciar que ha concluido la era del vapor, identificada con el capitalismo, y que ha comenzado la era de la electricidad, que será la del socialismo: “La nueva transmisión de la corriente eléctrica es la poderosa aliada del socialismo a tal grado, que no pasarán ni los 9 años restantes del siglo actual sin que se haya instalado la sociedad socialista y la producción colectivista. Acabóse la época del vapor, del hierro y del carbón. Acabóse con ella el capitalismo. Comenzó la época de la electricidad y del aluminio, y con ella la época de la sociedad socialista”(EO n° 41, 31/10/1891: 1).

Resuena en el aforismo de Lallemand aquella frase del Marx de *Miseria de la Filosofía*, que probablemente conociera a través de la traducción española de J. Mesa: “El molino movido a brazo nos da la sociedad de los señores feudales; al molino de vapor, la sociedad de los capitalistas

industriales” (Marx, 1847/1970: 91). Tal como ha señalado E. P. Thompson, “este aforismo se ha tomado como licencia para basar el determinismo tecnológico: las fuerzas productivas ‘dan lugar a una u otra sociedad’ cuando en verdad forma parte de una argumentación mayor dirigida a refutar el uso ahistórico que hacía Proudhon de las categorías económicas, tal la de división del trabajo. Marx argumentaba, pues, que Proudhon “invertía” el proceso histórico al comenzar por la categoría “división del trabajo”, cuando en verdad es la “máquina” la que históricamente “descubre” la división del trabajo y determina sus formas particulares (Thompson, 1878/1981: 187). Pero sin duda, en la construcción del “marxismo”, el aforismo pervivió aislado como una fórmula que resumía el determinismo económico-tecnológico dominante en el pensamiento de la Segunda Internacional. Además, *Miseria de la Filosofía* pasaba de la crítica de la “objetividad” de la economía política a la dimensión subjetiva, concluyendo con el célebre análisis del proceso de formación de la clase obrera moderna (de la “clase en sí” a la “clase para sí”), dimensión ausente en la perspectiva de Lallemant.

El aforismo de Lallemant tiene, por otra parte, un eco en un proceso histórico posterior: el que pronunció Lenin en noviembre de 1920 a propósito del plan de electrificación de la URSS (GOSPLAN): “el comunismo es el poder soviético más la electrificación del país”. Pero la situación en la Argentina de 1890 es exactamente la inversa a la de Lenin treinta años después: las esperanzas del líder bolchevique venían dadas porque para él la electrificación crearía las condiciones materiales que hasta entonces habían faltado en Rusia para la transición al socialismo, a pesar de que la toma del poder por la vía revolucionaria había tenido lugar tres años antes...

Esta perspectiva “objetivista” lleva a Lallemant a adoptar, en años inmediatamente posteriores, una posición ante el fenómeno emergente del *imperialismo* que, en principio, puede parecer paradójal. Lallemant no sólo no ignora el carácter dependiente del capitalismo argentino, sino que probablemente haya sido el primero en usar esta categoría en un sentido marxista en la Argentina. Por ejemplo, cuando analiza la crisis capitalista de 1883, señala críticamente “que nuestros grandes terratenientes buscaban capital móvil, con

cuyo fin hicieron que el Estado contrajese grandes empréstitos, los cuales han hecho del país un tributario del capital inglés. Se enajenó la Nación. La independencia política nacida en 1816 se vendió, y resultó nuestra dependencia económica actual” (“El carbón de piedra en la República Argentina”, en *La Agricultura*, 1894, transcripto en Ferrari, 1993: 128).

En un artículo que publica en *Die Neue Zeit* de Kautsky, denominado precisamente “Imperialismo europeo en América del Sur”, Lallemant muestra con cifras el endeudamiento argentino en relación a Inglaterra. Entendía que el nuevo imperialismo económico era mucho más eficaz que el colonialismo: “Sin conquistas políticas, sin barcos ni cañones, el capital inglés exprime, pues, de la Argentina, en valor relativo, 17 veces más de lo que extrae a sus súbditos indios”. Lallemant no olvidaba la perspectiva de clase y señalaba que la crisis agravaba aún más la explotación capitalista: “Es, pues, fácil de comprender que la explotación del proletariado prácticamente no conozca límites, que cese la inmigración y que tome cada vez mayor incremento la emigración. Pobreza y miseria crecen hasta el infinito. El país ya no soporta la carga y se hunde bajo el peso del imperialismo británico y de su propia administración irresponsable” (*DNZ*, t. I, 1902-1903, en Lallemant, 1974: 189)

En otro artículo en la misma revista, presenta asimismo un cuadro dramático de la penetración del capital estadounidense en Bolivia. Pero su conclusión, lejos de ser adversa al imperialismo, lo hace aparecer como “progresivo”: “no obstante todas las protestas, es presumible que la bandera estrellada flameará pronto sobre una parte de este continente; los destinos de estas miserables repúblicas que son totalmente incapaces de gobernarse a sí mismas, serán entonces determinadas por la Casa Blanca en Washington. Cuanto antes esto suceda tanto mejor, porque únicamente de esta manera es posible pensar que Sudamérica pueda alguna vez ser abierta a la cultura y a la civilización” (“La política expansionista de Estados Unidos en América Latina”, *DNZ*, I, 1902-1903, transcripto en Lallemant, 1974: 190 y ss.).

Lallemant adhiere al panamericanismo, como lo había hecho años atrás, a propósito el conflicto limítrofe entre Chile y la Argentina: “A los adversarios del militarismo únicamente se les presenta



Dirk Kerst Koöpmans

una lejana esperanza: la posible intervención de Estados Unidos. El desarrollo liberal burgués de Sudamérica, su liberación del sistema de violencia dominante de las oligarquías que todo lo absorben, será posible únicamente cuando el panamericanismo extienda sus alas en este continente. La oligarquía es un enemigo a muerte del panamericanismo” (“Chile y la Argentina”, en *DNZ*, I, 1895-1896, en Lallemant, 1974: 174-179).

Lallemant critica la violencia, la usura y los innumerables sacrificios que para los pueblos representa el imperialismo, pero lo considera en última instancia, “civilizador” y progresivo (Díaz, 1997: 138-139). En verdad, no podría juzgarse a Lallemant por desconocer el debate marxista sobre el imperialismo, que nacía en Europa inmediatamente después que moría Lallemant.³ La mirada del ingeniero germano-argentino sobre el imperialismo estaba inspirada, aquí también, en la concepción del “marxismo ortodoxo” hegemónico en la Segunda Internacional.

Replica aquí, seguramente sin conocerla en forma directa, la perspectiva planteada por Marx en los artículos del *New York Daily Tribune* a principios de la década de 1850 sobre la penetración del capital británico en la India, perspectiva que se había convertido, repitámoslo, en patrimonio del marxismo de la Segunda Internacional. Marx intenta pensar el problema desde una dialéctica del progreso, articulando al mismo tiempo que una condena moral del colonialismo inglés y de sus efectos destructivos en la India, una justificación histórica de la expansión capitalista en nombre del progreso. Marx no desconoce los horrores de la dominación occidental: “la miseria ocasionada en el Indostán por la dominación británica ha sido de naturaleza muy distinta e infinitamente superior a todas las calamidades experimentadas hasta entonces por el país”. Lejos de aportar un “progreso” social, la destrucción capitalista del tejido social tradicional ha agravado las condiciones de vida de la población. Sin embargo, en último análisis, a pesar de sus crímenes, Inglaterra ha sido “el instrumento inconsciente de la historia” al introducir las fuerzas de producción capitalistas en la India y provocar una verdadera revolución social en el estado social (estancado) del Asia (Marx, 1853/1973: 24-30).

En un artículo ulterior, “Futuros resultados de la dominación británica en la India”, Marx explicita

su postura: la conquista inglesa de la India revela, de otro modo, “la profunda hipocresía y la barbarie propias de la civilización burguesa”. Sin embargo, la célebre conclusión de este texto resume perfectamente la grandeza y los límites de esta primera forma de la dialéctica del progreso: “Y sólo cuando una gran revolución social se apropie de las conquistas de la época burguesa, el mercado mundial y las modernas fuerzas productivas, sometiéndolos a control común de los pueblos más avanzados, sólo entonces habrá dejado el progreso humano de parecerse a ese horrible ídolo pagano que sólo quería beber el néctar en el cráneo del sacrificado” (*Ibid.*: 71-77).

Como ha señalado Michael Löwy, Marx percibe claramente la naturaleza contradictoria del progreso capitalista y no ignora en absoluto su costado siniestro, su naturaleza de Moloch exigiendo sacrificios humanos; pero él no cree menos en el desarrollo burgués de las fuerzas productivas a escala mundial —promovido por una potencia industrial como Inglaterra— y, en último análisis, históricamente progresista en la medida en que prepara el camino a la “gran revolución social”. Se hace aquí patente la impronta hegeliana, histórico-filosófica, de la concepción marxiana del progreso: la “astucia de la razón” —una verdadera teodicea— permite explicar e integrar todo acontecimiento (aún los peores) en el movimiento irreversible de la Historia hacia la Libertad. Esta forma de dialéctica cerrada —ya predeterminada por un fin— parece considerar el desarrollo de las fuerzas productivas —impulsadas por las grandes metrópolis europeas— como idéntico al progreso, en la medida en que él nos conduce necesariamente al socialismo (Löwy, 1996: 197).

El Prólogo de Marx a la *Crítica de la Economía Política* de 1859 parecía establecer una visión progresista y secuencial de modos de producción sucesivos y *El Capital*, como se ha señalado, parecía confirmarlo, al mostrar cómo los “países industrialmente más desarrollados no han más que poner por delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir” (*El Capital*, 1867/1946, I: XIV). La puesta en cuestión de esta concepción histórico-filosófica fue llevada a cabo por el marxismo crítico a partir de la décadas de 1920 y 1930, de Lukács a Karl Korsch, de Gramsci a Mariátegui, de Benjamin a Adorno. Retomando estas preocupaciones, investigadores

contemporáneos exhumaron nuevos textos y revelaron los esfuerzos de Marx, tras la publicación de *El Capital*, por desautorizar las tentativas de “convertir mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa Occidental en una teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren”. Su método, aclara el propio Marx, consiste en estudiar en su especificidad los diferentes medios históricos para luego compararlos entre sí, y no en la aplicación de la “clave universal de una teoría general de filosofía de la historia, cuya mayor ventaja reside precisamente en el hecho de ser una teoría suprahistórica” (Marx, 1877-78/1980: 63-65). Pero quizás el síntoma más evidente de cierto desajuste existente entre la teoría histórica tal como Marx la concebía y lo que comenzaba a institucionalizarse como Filosofía marxista de la Historia, fue el malestar y el extrañamiento del propio Marx ante los “marxistas” que creían ser fieles a su maestro reduciendo la historia a un relato preconstituido de matriz economicista: “Todo lo que sé es que yo no soy marxista”.

Ahora bien, en 1890 o en 1900, no sólo en el San Luis de Lallemand sino en la Stuttgart de Kautsky, en la Ginebra de Plejánov o en el San Petersburgo de Lenin se ignoraban absolutamente estos esfuerzos de Marx por repensar su concepción de la historia a la luz de un desarrollo desigual y no lineal y expansivo del capitalismo (Tarcus, 2000). Fue aquel razonamiento teleológico y eurocéntrico el que sirvió de base para la llamada doctrina “marxista ortodoxa” de la Segunda Internacional, con su concepción determinista del socialismo como resultado inevitable del desarrollo de las fuerzas productivas (en contradicción creciente con las relaciones capitalistas de producción (Löwy, 1996: 199).

La apelación a la cientificidad, con todo, no estaba necesariamente reñida con una concepción mesiánica de la revolución. El propio Kautsky, en su influyente comentario de *Die Neue Zeit* sobre el Programa de Erfurt, interpretaba el papel de la socialdemocracia como una “iglesia combatiente” y el del socialismo como una “buena nueva” o un “nuevo evangelio”. El triunfo del socialismo aparecía como inevitable: “Lo que no puede ser motivo de duda para quien haya seguido el desarro-

llo económico y político de la sociedad moderna, especialmente durante el último siglo, es la necesidad de la victoria final del proletariado” (“Das Erfurter Program”, *DNZ*, 1891, en Salvadori, 1978/1980).

La semejanza con la perspectiva de Lallemand es enorme: “Es la fuerza inconsciente, que aparece en toda la historia del género humano como una directriz, que determina el rumbo en que debe evolucionar el desarrollo. Somos nosotros los obreros socialistas los primeros portadores conscientes de la idea progresista histórica. En este carácter consiste nuestra absoluta invencibilidad. El Congreso argentino nos oirá, y aunque se oponga el infierno a ello, dictará la ley que solicitamos (“Presentación de la Federación Obrera. Al honorable Congreso (continuación)”, *EO* n° 9, 21/2/1891).

Lallemand: ¿un marxismo sin sujeto?

El 7 de abril de 1894 aparecía el primer número de *La Vanguardia* y como un eco directo de *El Obrero*, se titulaba “periódico socialista científico, defensor de la clase trabajadora”. En la portada, bajo el título de “Nuestros predecesores”, se le rendía homenaje a Lallemand y su periódico: “Debemos un recuerdo honroso a los que nos han precedido aquí en la propaganda socialista. *El Obrero*, semanario que apareció en diciembre de 1890, ha sido el primer periódico de la clase trabajadora argentina. Fue órgano de la Federación Obrera, y contribuyeron muy principalmente a sostenerlo los compañeros Lallemand y Kühn” (*LV* n° 1, 7/4/1894, p. 1).

Pocas semanas después, se publicaba una carta de Lallemand al director de *La Vanguardia* bajo el título “Los obreros en la República Argentina. Una opinión digna de ser escuchada”. El copete indicaba: “El ciudadano Germán A. Lallemand, que ha sido uno de los iniciadores del movimiento socialista entre nosotros como fundador de *El Obrero*, a cuyo sostenimiento contribuyó tanto con su inteligencia como con su dinero, y que ahora es asiduo colaborador del *Vorwärts* y de *La Vanguardia*, nos ha escrito una carta de la cual a continuación damos algunos párrafos. Ellos muestran la conformidad de ideas que tiene con nosotros en lo que se refiere a la necesidad de que también en este país los obreros socialistas

entren en la lucha política” (LV n° 5, 5/5/1894: 1).

La prédica de *El Obrero* había dado, pues, sus frutos. Juan B. Justo lo reconocía como el primer precedente de *La Vanguardia*. Un joven socialista de la nueva generación como José Ingenieros, en su folleto “¿Qué es el socialismo?” (1895), recogía lo sembrado por Lallemant en *El Obrero* y *La Agricultura* y lo citaba como una autoridad científica y ética a la hora de demostrar la pertinencia de la “cuestión social” en la Argentina (Ingenieros, 1895). En la asamblea del Partido Socialista Obrero Argentino del 9 de febrero de 1896 es elegido uno de los cinco candidatos socialistas a diputado para las elecciones parlamentarias de abril de 1896.

Sin embargo, Lallemant no reconocerá paternidad alguna con la generación socialista emergente. No dará continuidad a sus colaboraciones en *La Vanguardia* más allá de estas jornadas iniciales ni volverá a ocupar cargos en el Partido Socialista. Asimismo, su crítica vitriólica al folleto de Ingenieros en las páginas del *Vorwärts*, es un testimonio por demás elocuente de su distanciamiento: “los obreros —escribe Lallemant en 1896— notan en el folleto del señor Ingenieros que a los estudiantes les falta mucho por aprender” (transcripto en Reinhardt, 1974: 100). Paradójicamente, el ingeniero Lallemant se ampara en el carácter obrero del semanario *Vorwärts* desde el cual escribe para construir un imaginario colectivo proletario e impugnar el socialismo “pequeño-burgués” de Ingenieros. Sin embargo, el joven Ingenieros lidera entonces un grupo estudiantil (el Centro Socialista Universitario) que formará parte activa del proceso de constitución del Partido Socialista Obrero Internacional, mientras el *Verein Vorwärts* aparece por momentos replegado a una función de integración cultural y social de la comunidad alemana en la Argentina.⁴

A menudo se ha entendido su distanciamiento del socialismo argentino por sus diferencias con el socialismo “revisionista” de Justo. En efecto, en una corresponsalía de 1896 a *Die Neue Zeit*, aprueba en líneas generales la agitación socialista del partido argentino “en el terreno práctico”, pero censura el eclecticismo de su política editorial, así como la política de traducciones de *La Vanguardia*, por la difusión de autores como Enrico Ferri y Acchille Loria (“El movimiento obrero en la Argentina”, *DNZ* 1895-1896, en Lallemant,

1974: 167). En una corresponsalía de 1908, el distanciamiento crítico ha aumentado: la acción del partido, señala allí, difícilmente puede ser “más tranquila y cautelosa. Los jefes han pasado casi sin excepción al campo de Turati... son ideólogos burgueses que no están dispuestos a cruzar un determinado Rubicón” (Lallemant, 1974: 205).

Sin embargo, si vamos un poco más allá de las enunciaciones doctrinarias y atendemos a la concepción que cada uno se había forjado del socialismo así como de la sociedad argentina y su lugar en el capitalismo internacional, se pone en evidencia que la oposición Justo/Lallemant es una construcción en parte debida a Kühn, pero sobre todo a los comunistas y sus epígonos (Paso, Ratzer, etc.). Es más: puede afirmarse que Justo es el discípulo cabal de Lallemant, aunque éste no reconociese su paternidad político-intelectual. Es indudable que Justo no adscribía al “marxismo ortodoxo” al estilo de un Kautsky o un Lallemant, considerando a Marx dentro de un universo de autores socialistas compartido con un Ferri o un Loria (Aricó, 1999). Esto no impide que ambos adscriban a un socialismo con un fuerte énfasis científicista, objetivista y evolucionista, defiendan como “civilizatoria” la expansión del capitalismo, sostengan para la Argentina una política económica favorable al libre comercio y estén animados por la misma confianza en que el progreso —identificado con el desarrollo tecnológico— colocará al proletariado moderno en los umbrales del socialismo.

Y si alguno de los dos está más próximo a atisbar una salida a este rígido paradigma, ése es Justo y no Lallemant. Es, precisamente, su rol de organizador político y dirigente partidario —ausente en Lallemant— el que lleva a Justo a argumentar brillantemente contra este paradigma cuando precisamente Enrico Ferri, en su célebre conferencia de 1908 en Buenos Aires, la vuelve contra el Partido Socialista. La política ha enriquecido y problematizado el socialismo objetivista y evolucionista de Justo, pero esta es una dimensión ausente —más allá de ciertos enunciados generales— en Lallemant.

Las corresponsalías de Lallemant en *Die Neue Zeit* se fundan, sin duda, en la complicidad doctrinaria (marxista “ortodoxa”) con Kautsky a expensas del “revisionismo”. Pero esta “ortodoxia” paga el precio oneroso del elitismo y el nacionalismo

cuando busca asociar a los obreros inmigrantes alemanes con la cultura y la conciencia socialistas, en franco contraste con la imagen que construye de “los obreros italianos y españoles, que forman la gran mayoría” del proletariado de la Argentina, escasamente ilustrados y politizados. Lallemand sólo se asemeja a Kautsky en dicha identidad doctrinaria; en verdad, no se ajusta a la figura de un marxista clásico: responde más a la imagen de un “sabio” al estilo decimonónico que a la de un político socialista del nuevo siglo. Es acaso, como Kautsky, un teórico marxista, pero con la diferencia crucial de que el autor de *La cuestión agraria* es el tutor doctrinario de un partido político de masas (el Partido Socialdemócrata Alemán), mientras Lallemand —salvo el breve lapso de colaboración con los socialistas argentinos— es un marxista sin sujeto. Tanto más lejos se situaba de la política, tanto más patente se hacía su socialismo objetivista. Un sabio devenido socialista, un alemán en un país periférico, un marxista sin proletariado, un Kautsky sin partido.

¿Era, pues, inevitable su ulterior distanciamiento del socialismo argentino? En modo alguno: de estar animado por una voluntad política, pudo jugar su enorme prestigio político-intelectual ocupando, acaso, un lugar de maestro, como Engels lo fue respecto de Kautsky, Bernstein y tantos otros, cuestionando lo que entendía eran las flaquezas de los jóvenes, pero también orientándolos, aconsejándolos y promovéndolos. Pudo transformar su autoridad intelectual y moral en autoridad política, como lo hizo Justo. E incluso poner su prestigio político-intelectual al servicio de una línea interna anti-revisionista, al estilo de un Kautsky.

Pero esto implicaba, sin duda, su instalación en Buenos Aires, lanzándose de lleno al único terreno que no había rastreado este explorador consumado: el de la política. Su recolocación implicaba una (auto)transformación que Lallemand no supo o no pudo hacer. Es así que aquel sabio germano-argentino de carácter intempestivo, hosco y solitario como un Robinson en su San Luis adoptiva, escogió en cambio el camino de la “crítica científica”, severa, inexorable... Es así que luego de colaborar en los primeros dos años de la experiencia de *La Vanguardia* y de aceptar su candidatura socialista a diputado, se automarginaba de los que iban a poner en movimiento al

Partido Socialista argentino aquel hombre notable que había dado lo mejor de sí para nutrir de una doctrina emancipatoria al naciente proletariado argentino.

Referencias bibliográficas

- Andreucci, Franco (1980), “La difusión y vulgarización del marxismo”, en *Historia del marxismo*, Barcelona, Bruguera, vol. 3.
- Aricó, José (1999), *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Bauer, Alfredo (1989), *La Asociación Vorwärts y la lucha democrática en la Argentina*, Buenos Aires, Fundación F. Ebert/Legasa. Introducción de Emilio Corbière.
- Chávez, Fermín (1993), “Un marxista alemán en San Luis”, en *Todo es Historia* n° 310, mayo de 1993.
- Díaz, Hernán (1997), “Germán Avé Lallemand y los orígenes del socialismo argentino”, en *En defensa del marxismo* n° 17, Buenos Aires, Julio de 1997.
- Ferrari, Roberto A. (1993), *Germán Avé-Lallemand. Introducción a la obra científica y técnica de Germán Avé Lallemand (c. 1869-1910)*, San Luis, Instituto Científico y Cultural “El Diario”.
- García Costa, Víctor O. (1985), “Introducción” a: *El Obrero: selección de textos*, Buenos Aires, CEAL.
- Haupt, Georges (1979), “Marx y marxismo”, en *Historia del marxismo*, Barcelona, Bruguera, vol. 2.
- Hobsbawm, Eric (1983) [1974], “La difusión del marxismo (1890-1905)”, en *Marxismo e historia social*, Puebla, UAP.
- Ingegnieros, José (c. 1927), “¿Qué es el socialismo?”, Buenos Aires, 1895. Citamos de la 2° ed: Buenos Aires, Los Pensadores, s/f.
- Klima, Jan (1974), “La Asociación bonaerense Vorwärts en los años ochenta del siglo pasado”, en *Ibero-Americana Pragensia*, a. VIII, Praga.
- Kühn, Augusto (1916), “Apuntes para la historia del movimiento obrero socialista en la República Argentina”, en *Nuevos Tiempos. Revista de Buenos Aires*, n° 1-6, Buenos Aires.
- Labastíe de Reinhardt, María Rosa (1975), “Una polémica poco conocida. Germán Avé Lallemand-José Ingenieros (1895-1896)”, en *Nuestra Historia* n° 14, Buenos Aires, abril de 1975.
- Lallemand, Germán-Avé (1888), *Memoria descriptiva de San Luis. Presentada al Concurso de la Exposición Conti-*

mental de 1882, San Luis, Imprenta de "El Destino", 1888.

——— *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina* (1974), Buenos Aires, Testimonios, sel. de textos de L. Paso.

- Löwy, Michael (1996), "La dialectique marxiste du progrès et l'enjeu actuel des mouvements sociaux", en *Congrès Marx International. Cent ans de marxisme. Bilan Critique et prospectives*, Paris, Actuel Marx Confrontation/PUF.
- Marx, Carlos (1847), *Miseria de la filosofía*, Buenos Aires, Signos, 1970.
- (1867, 1885, 1894), *El Capital. Crítica de la Economía Política* (1946), México, FCE, 3 vols.
- (c. 1877), "Carta a la redacción de *Otiéchestvienné Zapiski*", en Marx/Engels, *Escritos sobre Rusia. II. El porvenir de la comuna rural rusa*, México, PyP, 1980.
- Mondolfo, Rodolfo (1915), *El materialismo histórico en F. Engels y otros ensayos*, Buenos Aires, Raigal, 1956.
- Paso, Leonardo (1974), Introducción a: *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina*, Buenos Aires, Testimonios.
- Ratzer, José (1970), *Los marxistas argentinos del '90*, Córdoba, Pasado y Presente.
- Salvadori, Massimo (1978), "Kautsky entre ortodoxia y revisionismo", en Hobsbawm y otros (eds.), *Historia del marxismo*, Barcelona, Bruguera, vol. 4, 1980.
- Shanin, Teodor (ed.) (1984), *El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo*, Madrid, Revolución, 1990.
- Tarcus, Horacio (2000), "¿Es el marxismo una Filosofía de la Historia? Marx, la teoría del progreso y la 'cuestión rusa'", en *Realidad Económica*, n° 174, Buenos Aires, agosto/setiembre 2000.
- Terán, Oscar (2000), *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, Buenos Aires, FCE.
- Thompson, E. P. (1978), *La formación histórica de la clase obrera*, Barcelona, LAIA, 1981, 3 vols.

- 1 El tema no está agotado. Un rastreo exhaustivo de los cientos de artículos de Lallemant dispersos en una docena de publicaciones periódicas, especialmente el *Vorwärts*, quizás permita hallar referencias del propio autor a su autobiografía político-intelectual. Se ha señalado reiteradamente que Lallemant mantuvo correspondencia con Engels y con Kautsky. Hasta el presente no se ha hallado ninguna de sus cartas en los archivos europeos que albergan los Fondos de estas dos figuras, cartas que, de existir, sin duda arrojarían nueva luz sobre la recepción del marxismo por Lallemant.
- 2 "Aus der Pampa" en *La Plata Monatschrift*, 1873, transcrito y traducido en: Ferrari, 1993: 110-111
- 3 Por citar los primeros hitos de este debate: *El Capital Financiero* de R. Hilferding apareció en Viena en 1910, *La acumulación del capital* de R. Luxemburg es de 1913 y el clásico folleto de Lenin, "El imperialismo, etapa superior del capitalismo", de 1915.
- 4 Cuando en abril de 1894 tres agrupamientos socialistas — *Les Egaux*, *Fascio del Laboratori* y la Agrupación Socialista— constituyen el Partido Socialista Obrero Internacional, el *Verein Vorwärts* se abstiene de participar. Pocos meses después, pidió su adhesión.

Publicaciones periódicas

- *Vorwärts. Organ für die Interessen des arbeitenden Volkes* (Buenos Aires, 1886-1901). Varios directores sucesivos. Colección microfilmada en la biblioteca Central de la UNLP y en el CeDInCI.
- *El Obrero. Defensor de los intereses de la clase proletaria. Órgano de la Federación Obrera* (Buenos Aires, 1890-1892). Dir.: Germán Avé-Lallemant, luego a cargo de Augusto Kühn. Colección microfilmada en la biblioteca Central de la UNLP y en el CeDInCI.